

Jn 20, 19-31 Domingo II de pascua.

“Jesús le respondió: «Tú no tendrías sobre mí ninguna autoridad, si no la hubieras recibido de lo alto. Por eso, el que me ha entregado a ti ha cometido un pecado más grave»...

Jesús les dijo de nuevo: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes»” (Jn 19,11; 20,21).

Judas, Pilato... son la causa instrumental de la muerte de Jesús. Dios nunca quiere el mal; pero dado que nos ha dado la libertad,



lo permite. El Padre todopoderoso resucita a su Hijo. Cada vez que hacemos algo bien, previamente Él ha puesto en nuestro corazón el deseo y la fuerza para realizarnos. Por tanto siempre necesitamos despertar el

corazón al agradecimiento.

Que podamos vivir como hermanos también es un don de Dios. La presencia de Cristo resucitado entre los discípulos, es una manifestación más de que podemos vivir como familia, comunidad e Iglesia, por el vínculo de la paz que el deposita en nuestros corazones.

Ahora estamos llamados a llevar a otros la Paz que Cristo nos ha dado. Él nos ha convertido en causa de unidad y de vida para los demás. Todo aquello bueno que podemos dar a los otros y lo damos, se acrecienta por el Espíritu en nuestro corazón. La generosidad nos enriquece más y más.

Señor, lléname de tu Paz, para que viva la fraternidad y sea fermento del Reino, allí donde me encuentre.

¡Jesús, dame el don de la Paz!

¿Creo que Dios es el artífice de todo lo bueno que percibo en mi corazón?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc